PEDRO MATA

LA GOYA

DRAMA

en un prólogo, un acto y un epílogo, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

LA GOYA

DRAMA

en un prólogo, un acto y un epílogo

ORIGINAL DE

PEDRO MATA

Estrenado en el teatro SALÓN NACIONAL la noche del 16 de Abril de 1910

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP
Teléfono número 551

1910

A Bernardo G. de Candamo

Con toda mi amistad, toda mi admiración y toda mi gratitud.

Pedro Mata.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN LA GOYA, bailarina...	Rosario Acosta.
CHARITO, ídem...................	Enriqueta Azúa.
LINA DEL VALLE, ídem........	Trinidad Sesmeros.
AGUSTÍN RIANSAR, marqués de Riansar.........................	Enrique Piquer.
RAMIRO SANDOVAL.........	Fernando Fernández Gil.
BRUNO CARACCIOLO, marido de la Goya..........................	Manuel Llopis.
BLACKFACE, clown............	Alfonso Santos.
FRED, domador..................	Trinidad Arcas.
LUIS, criado de Sandoval...........	Felipe Márquez.
RICHARD, chauffer..............	José Benavides.
MR. GUILLAUME.............	Federico Casuso.
UN CAMARERO...............	Felipe Márquez.
OTRO..........................	José Benavides.

La acción en Hulania, país del Norte de Europa

Derecha é izquierda, las del actor

Charito es sevillana; la actriz hablará en andaluz embasteciendo todas las palabras. *Bruno Caracciolo* se sujetará á la prosodia italiana. *Fred,* extranjerizará el acento al modo de los anglo-sajones.

Para los efectos del cobro de derechos, esta obra se entenderá como de dos actos, considerándose como uno el prólogo y el epílogo.



PRÓLOGO

Un Bar. En el foro una puerta vidriera de dos hojas. Otra á la izquierda y otra en el ángulo de la derecha, ambas con portier caído. A la derecha, ocupando la parte del foro desde la puerta, el ángulo y todo el lado derecho un mostrador de madera muy alto. Delante de este mostrador tres ó cuatro banquetas altas. En primer término de la escena una mesa de madera y otra igual en el ángulo de la izquierda. Sobre la puerta del foro un reloj. En el centro aparato de luz eléctrica encendido. Las siete de la tarde.

ESCENA PRIMERA

FRED, BLACKFACE sentados ante la mesa del ángulo de la izquierda, hablan, fuman y beben cerveza. Fred viste batín, botas de montar y fez y lleva en la mano un látigo corto y fuerte. Blackface viste de clown. Sentadas ante el mostrador en las banquetas altas, CHARITO y LINA con trajes de cupletistas; Charito de bolera y Lina de machichista. Detrás del mostrador un CAMARERO, de americana. OTRO de frac y calzón corto que va y viene por la escena

BLAC. Mi querido Fred, tú eres un niño muy bruto; muy bruto y muy niño; estás acostumbrado á estos buenos públicos del Norte que admiran tu valor y temen tus puños; crees que todo el monte es orégano y te vas á llevar un disgusto.

FRED ¿Qué quieres decir?

BLAC Que te andes con ojo porque el día menos pensado te van á meter un estilete entre dos costillas que te van á dejar seco.

FRED ¿Lo dices por el italiano?

BLAC. Precisamente.

FRED Bah, yo no tengo miedo á los italianos. Una vez en Hamburgo luché con tres.

BLAC. ¿En un circo?

FRED En el muelle. Tres cargadores de carbón. Luché con los tres y á los tres los vencí.

BLAC ¡Toma! con once luchó el Cid en Zamora.

FRED ¿Quién era el Cid?

BLAC Un español mucho más bruto todavía que tú.

FRED Oh, un español... Tampoco me preocupan los españoles.

BLAC Pues, mira, por si acaso procura no tropezarte con ninguno.

FRED Perdona, mi querido Blackface; olvidaba que á pesar de tu mote eres español. Conste que no he querido ofenderte.

BLAC Hombre, desde luego.

FRED Y á propósito; ¿de qué sitio de España eres tú?

BLAC. De la propia Caleta.

FRED Caleta... Caleta... ¿Dónde está eso de Caleta?

BLAC. En el camino de la gloria, en Málaga.

FRED Oh, Málaga... buen vino... buenas mujeres... ¡Buenas mujeres las malagueñas!

BLAC ¡Tú qué sabes!

FRED ¡A juzgar por la muestra!

BLAC ¿Por la Goya? ¡Bah! Esa tiene ya de malagueña lo que yo de obispo.

FRED Perdona, ella misma me ha dicho...

BLAC ¿Qué nació allí? Sí, es verdad. Pero también nací yo, y ya ves... Si yo no lo dijera, ¿adivinaría alguien que soy español?

FRED Tú bien, pero ella...

BLAC Ella como yo, como tú, como esas, (Señalando á Charito y Lina.) como las fieras de tu *menagerie*... Hemos rodado tanto por el mundo que ya no somos ninguno de ninguna parte.

FRED Sea de donde sea, me gusta mucho.

BLAC Mi querido Fred vas por muy mal camino. Esa Goya te va á costar muchos disgustos.

FRED ¿Por qué?

BLAC Porque tú eres un niño, vas de buena fé, te estás encariñando y esa mujer no tiene corazón. Es una mala hembra.

FRED ¡Blackface!

BLAC ¡Una mala hembra! Te lo digo porque te quiero. Si no te quisiera ¡qué me importaría! Los hombres para esa son juguetes de un día. No le interesa más que el dinero.

FRED Yo tengo dinero.

BLAC. ¡Pobre Fred! ¡Qué sabes tú lo que es tener dinero!

FRED Tengo ocho mil francos.

BLAC Esa se come en quince días tus ocho mil francos y para postre todas las fieras de tu *menagerie.* Anda con cuidado, Fred, anda con cuidado... Además, ya te he dicho que el marido es un canalla... un miserable... ¡Si llega á sospechar!

FRED Peor para él.

BLAC No, Fred, no. Si ese hombre fuera lealmente, cara á cara, yo no temería por ti. Al contrario. Eres tú más fuerte que él y más valiente. Pero ¿y si un día te encuentras con una cuchillada por la espalda?

FRED ¡Cómo! ¿Tú crees que él es capaz?

BLAC El es capaz de todo, Es un bandido.

ESCENA II

DICHOS, AGUSTÍN por el foro, con gabán con el cuello subido, sombrero flexible y frac

CHAR (Que volvió la cabeza al oir abrirse la puerta.) ¡Marqués!... ¡marqués! (Bajando precipitadamente de la banqueta y saliendo al encuentro de Agustín. El se detiene. Ella acercándose.) ¿Tanto he variado en un año que ya no se acuerda usted de mí?

AGUS. Sí, espere usted... ¿dice usted que hace un año?

CHAR En Trieste.

AGUS. (Con alegría.) ¡Charito!

CHAR. ¡La misma!

AGUS. (Estrechándole las manos.) ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Quién iba á decir que me la iba á usted á encontrar en Hulania? ¿Qué hace usted aquí?

CHAR. Ya usted ve; trabajar. ¿Y usted?

AGUS. Yo llegué ayer mañana.

CHAR. ¿Por mucho tiempo?

AGUS. No sé, depende... ¿Quiere usted que nos sentemos?

CHAR. Con muchísimo gusto.

AGUS. Aquí mismo, ¿verdad? (Indicando la mesa del centro. El mozo acude, le quita el gabán y le dobla sobre la silla.)

CHAR. Donde usted quiera. (Se sientan.)

AGUS. ¿Qué va usted á tomar?

CHAR. Yo, si usted me lo permite, una caña de manzanilla. (Al Camarero.) Manzanilla.

AGUS. Ah, pero, ¿cómo? ¿Hay manzanilla en Hulania?

CHAR. De la propia Sanlúcar. La mandamos traer nosotras por una apuesta, y estos bárbaros se han aficionado á ella de tal modo, que se la sorben por cajas. Rara es la noche que no hay que llevarse á alguno en un serón.

AGUS. ¿De modo que estamos en pleno españolismo?

CHAR. Es lo que priva.

(Entre tanto el Camarero ha ido al mostrador ha recogido una bandeja con una botella de manzanilla y dos cañas que deja sobre la mesa.)

AGUS. ¿Por qué no llama usted á su amiguita? Se ha quedado allí sola.

CHAR. Se lo iba á proponer. (A Lina, llamándola.) ¡Lina! (A Agustín.) Es muy elegante, ¿verdad?

AGUS. Muy mona. ¿Española también?

CHAR. No, mejicana. Baila la machicha. (Lina se acerca y Charito hace la presentación.) Mi compañera Lina del Valle... El señor Marqués de Riansar... (Lina y Agustín se estrechan la mano. Después Lina se sienta. El camarero sirve otra caña.)

AGUS. Usted me perdonará que me haya permitido...

LINA Todo lo contrario... es para mí un honor...

AGUS. Anoche tuve el gusto de verla á usted bailar y quedé encantado. Baila usted de una manera maravillosa.

LINA Muchas gracias.

AGUS. Usted, seguramente, no se fijaría en mí.

LINA Sí, señor, me fijé; estaba usted en una butaca de las primeras filas, á la izquierda.

AGUS. Justo.

LINA Me fijé porque le había visto desembarcar por la mañana.

AGUS. ¡Hombre!

LINA Las ventanas del hotel dan sobre el puerto. Estaba yo asomada á la de mi cuarto cuando entró su *yath*. Me llamó la atención porque, verdaderamente tiene usted un *yath* precioso.

AGUS. ¿Le gusta á usted?

LINA Es el barco más bonito que he visto en mi vida.

AGUS. Está desde luego á su disposición.

LINA No se escurra usted, señor Marqués, no se escurra usted conmigo.

AGUS. ¿Por qué?

LINA Porque yo soy muy caprichosa y se expone usted á que le coja la palabra. Usted no sabe lo que me entusiasma el mar.

AGUS. Pues repito el ofrecimiento.

LINA Es usted muy amable.

AGUS. Y usted muy bonita.

LINA Gracias.

CHAR Sí que debe de ser muy interesante un viaje en *yath*.

AGUS. Pues, nada, Charito, ya lo sabe usted; cuando usted quiera.

CHAR Esperaremos á que calme el tiempo, porque hijo, lo que es hoy...

AGUS. Sí, hoy está duro.

CHAR Como que no se puede salir á la calle. Siempre nevando y nevando... luego este ventarrón que parece que se la lleva á una... ¡Ay, Dios me dé mi tierra! ¡Sevilla de mi alma!

AGUS. ¿No le gusta á usted esto?

CHAR ¡A mí qué me va á gustar! Si desde que he

venido aquí no he entrado en calor. Siempre tiritando, muertecita de frío... Como los gatos, acurrucadita encima de la lumbre... ¡Jesús!

AGUS. La verdad que este país...

CHAR ¡Calle usted, hombre! ¡Esto es para morirse!

AGUS. ¿Llevan ustedes mucho tiempo aquí?

LINA Pronto hará un mes.

AGUS. ¿Y va bien?

LINA Un negocio loco. Estos tíos son muy brutos y muy antipáticos, pero saben gastarse el dinero. Luego hemos caído con suerte.

AGUS. Es que valen ustedes muchísimo.

LINA No, suerte... que gusta lo español... sobre todo la Goya.

AGUS. Sí, ¿eh?

LINÁ Un delirio. Ya vió usted el teatro anoche... lleno... Pues todos los días igual... Ni una sola localidad desocupada.

CHAR Y á mí que esa mujer no...

AGUS. Está un poco *fané.*

CHAR Y tan *fané.* Pues hijo, los hombres, locos.

LINA Baila bien.

CHAR ¡Qué va á bailar, mujer, qué va á bailar! Si eso no es andaluz, ni gitano, ni flamenco, ni nada. Eso es un *poutpourrí* que ella se ha inventado para su uso particular. Si la ven en Sevilla la matan, ¿verdad, Marqués?

AGUS. Verdad, Charito.

CHAR. Que no, que no, que no me digan á mí que eso es bailar.

AGUS. Creo que está casada.

CHAR. Sí, con un chulo indecente. El italiano más sinvergüenza que se ha echado usted á la cara.

AGUS. Ah, ¿sí?

CHAR Un canalla. ¡Uf, qué asco de tío! (Suena fuera un timbre.)

BLAC. (A Fred, que acaba de levantarse) ¿Te vas?

FRED Sí. (Mirando el reloj del establecimiento) Es ya mi hora. Voy á trabajar.

BLAC. Adiós, hijo; que los tigres te sean leves.

FRED ¿Los tigres? Yo no tengo miedo á los tigres.

BLAC. Verdad; peor es la Goya y te atreves con ella.

FRED ¡Oh, la Goya... la Goya!... (Vase izquierda.)

ESCENA III

CHARITO, LINA, BLACKFACE, AGUSTÍN y RAMIRO por foro, con análoga indumentaria á la de Agustín

AGUS. (Llamándole.) Ramiro...

RAM. (Acercándose y dirigiéndose á Agustín.) Hombre, ¿usted aquí? Yo pensaba encontrarle dentro, en el teatro. Venía dispuesto á darle á usted todo género de explicaciones por mi tardanza, pero veo que no son necesarias. Le encuentro á usted muy bien acompañado.

AGUS. Sí, señor; yo no me privo de nada.

RAM. Ya lo veo.

AGUS. Siéntese.

RAM. (Sentándose.) ¿De modo que conocía usted á nuestra encantadora Lina?

AGUS. No; á esta señorita no tenía el gusto de conocerla.

CHAR. Era á mí.

RAM. ¡Ah!

CHAR. Somos viejos amigos.

RAM. Habrá usted visto que estamos en pleno españolismo... la Charito... la Goya... Blackface...

AGUS. Ah, pero... ¿Blackface es español?

RAM. Como Tonny Grice; de Málaga.

AGUS. No sabía...

RAM. Es un hombre muy agradable y muy inteligente. ¡Blackface! (Llamándole.)

BLAC. (Acercándose.) Señor...

RAM. Nuestro compatriota el señor Marqués de Riansar quiere conocerle á usted.

BLAC. ¡Oh, señoi Marqués, tanto honor!...

AGUS. He tenido el gusto de aplaudirle en varios sitios; en Trieste, en Strasburgo, en Génova, pero no sabía que fuera usted español.

BLAC. (Sentándose.) Yo no soy ya de ninguna parte, señor Marqués. Salí de España á la edad de once años.

AGUS. ¿Y no ha vuelto usted á ella?

BLAC. Nunca.

AGUS. ¡Qué raro!

BLAC. No han venido las cosas así.

AGUS. Sin embargo, usted habla muy bien el español.

BLAC. El idioma que aprendimos de niños no se olvida jamás. Es con el que se injuria y con el que se reza. Dicen que cuando uno se muere es también con el que confiesa.

AGUS. ¿Tendrá usted muchos deseos de ver su tierra?

BLAC. Ninguno. La abandoné muy niño. No me llevé ninguna afección. No me dejé ningún recuerdo. Si volviese me encontraría en ella tan extranjero como en Berlín ó en Londres.

AGUS. Pues yo, señor Blackface, le debo á usted momentos muy agradables de mi vida. Me ha hecho usted reir mucho

BLAC. Sí, señor Marqués; esa es mi obligación. Hacer reir á los demás.

AGUS. Obligación muy divertida.

BLAC. Hasta cierto punto.

AGUS. ¡Hombre!

BLAC. Crea usted, señor Marqués, que hacer reir á costa del ridículo satisface muy poco. Es muy poco agradable tener que pasarse la vida pisoteando la dignidad para que los demás se diviertan.

RAM. Sí, eso es verdad.

(Entre tanto el Camarero ha limpiado la mesa que ocupara Blackface.)

BLAC. Yo cuando empecé era muy alegre, muy alegre... Todo me divertía; todo me hacía reir. Después, poco á poco, fuí cambiando. Hoy no tiene usted idea del desprecio que yo siento por la humanidad. Y como yo todos los del oficio, todos... Yo tuve un amigo... Oh, conoceréis seguramente la historia... es muy vieja... se ha contado hasta en

letras de molde... Era un clown inglés; se llamaba Pick-Nite. Valía mucho, mucho... La mayoría de las cosas que yo hago las he aprendido de él. Pues bien; este hombre que arrebataba á las multitudes, que las desternillaba de risa, era en su vida íntima de un pesimismo abrumador. Yo no le vi reir jamás. Debía tener el alma de plomo. Se pasaba días enteros, semanas sin hablar con nadie. Un día este pobre hombre se dió cuenta de que se le empezaba á meter en la cabeza la idea del suicidio y se fué á ver á un médico, á un especialista... El médico diagnosticó un caso de neurastenia y recetó un plan. Pero el tiempo pasaba y el pobre Pick-Nite estaba cada vez peor, más triste, más pesimista, más negro... Un día el médico desesperado al ver que todos los remedios eran inútiles le dijo: «Señor mío, no se me ocurre más que una solución. Vaya usted esta noche al teatro y vea á Pick-Nite. Dicen que es un clown muy gracioso. Si Pick-Nite no le hace á usted reir ya no se que remedio aconsejarle.»—«Pues si no hay más remedio que ese, señor doctor, estoy perdido, porque Pick-Nite... Pick-Nite soy yo...» Ocho días después el pobre Pick-Nite se fué á un jardín de niños, á un jardín donde había muchos niños, una tarde espléndida de Abril, se sentó en un banco y de cara al sol se pegó un tiro. Yo no le diré á usted, señor Marqués, que termine como Pick-Nite, tampoco me atreveré á decirle que no.

AGUS. Tenéis unas ideas muy lúgubres, señor Blackface. Sois en verdad un clown muy poco alegre.

BLAC. ¡Qué queréis, señor Marqués! He dado tanta alegría á mis contemporáneos que me he quedado sin ella.

RAM. Pero en vuestra vida tendréis alguna historia alegre, alguna aventura divertida.

BLAC. Pocas.

CHAR. ¿No has querido nunca, Blackface?

BLAC. Una vez.

LINA Ah, ¿sí?

CHAR. Cuenta, cuenta...

RAM. Si, cuente usted; será seguramente muy interesante.

BLAC. Tiene muy poco que contar. La conocí en Viena. Se llamaba Elsa Glebber. Era menuda, chiquitita, muy fina, muy delicada, muy vistosa; blanca como la nieve, rubia como esta caña de manzanilla. (Levantando una en alto.) Era *ecuyere*. Nos quisimos tres meses.

CHAR. Entonces no tendrías ideas lúgubres.

BLAC. Entonces era la vida para mí toda de rosa.

CHAR ¿Os quisisteis mucho? (Suena un timbre dentro.)

BLAC. ¡Mucho! Ella fué mi vida, mi alma, toda mi alma, toda mi vida. Fué mi hija, mi hermana, mi amante, mi novia... todo lo que una mujer puede ser para un hombre. Pero una noche... ella hacía ejercicios de volteo sobre un caballo en libertad. Yo sostenía uno de los aros... Al pasar junto á mí... no sé cómo fué... perdió pie... resbaló... cayó bajo las patas del caballo... el animal se asustó... le puso un casco sobre el craneo... (Charito y Lina hacen un gesto de horror)

VOZ (Dentro.) ¡Monsieur Blackface!

BLAC. (Levantándose.) Perdonadme, señores; me llaman á escena. (Vase por izquierda secándose los ojos.)

AGUS. ¡Pobre hombre!

LINA ¡Pobre Blackface! (Pausa. Se oye fuera aplausos y grandes carcajadas.)

AGUS. ¿Qué es eso?

CHAR. La gente que ríe con Blackface. Siempre que entra en escena el público se ríe.

ESCENA IV

CHARITO, LINA, AGUSTIN, RAMIRO, CARMEN, BRUNO por la izquierda

BRUNO (*) (A Carmen á media voz.) Imbecile! Crede che io sono un bambino! .. un inocente... Vuol farte una nuova scrittura?... Benissimo! Ma una condizione precisa... duecenti franchi di piu e si non... Addio, mio caro! (Saludando con la mano.)

CAR. Bueno, hombre, bueno; cállate ya.

BRUNO Miserabile!... Mascalzoni!... Birbante!... Per duecenti franchi!... Per una porcheria cosi! Poi che tu sei la unica, propriamente la unica che affolla tutto il teatro!... Bestia!... E finita la tua scrittura... finita... Mai piu... (Sentándose en la mesa del ángulo.) Questa sera io partiro á Hamburga e lo acommoderó tutto bene... Jiustamente a una magnifica oferta.

CAR. Es inútil que te molestes, ya te he dicho que yo no trabajo en Hamburgo. (Sentándose también.)

BRUNO Gran Dio... e per che?

(*) Para facilitar la labor del actor que se encargue de este papel sin saber italiano, he aquí la pronunciación figurada:

¡Imbechile! ¿Crede que io sono un bambino, un inochente? ¿Vuol farte una nuova scritura? Benísimo... Ma una condisione prechisa... duechenti franqui di piu é si non... Adio, mio caro.

¡Miserabili! ¡mascalsoni! ¡birbante!... ¡Per duechenti franqui!... ¡Per una porquería cosí! ¡Poy que tu sey la única, propriamente la única que afola tuto il teatro!... ¡Bestia!... E finita la tua scritura... finita... May piu .. Cuesta sera io partiró á Hamburga é lo acomoderó tuto bene. Yiustamente e una mañífica oferta.

Gran Dío... ¿e per qué?

CAR. Porque no; porque no me gusta aquel público.

BRUNO Ma si sonno duecenti franchi di piu!

CAR. Aunque fueran quinientos. Yo solo trabajo donde me da la gana. Ya lo sabes.

BRUNO Lo so... lo so! so que tu sei una imbecile, ma per fortuna sono qua, tuo marito e si fara quello che io commande.

CAR. ¡Bruno!

BRUNO Lo che io commandero! Questa sera prendo il treno e vado a Hamburga. Ni anche una parola. (Al Camarero que se ha acercado.) Un bok.

CAR. (Al Camarero.) Yo no quiero nada. (Vase el Camarero al mostrador y vuelve con un bok.)

CHAR. (Con voz baja.) Parece que hay bronca..

LINA (En el mismo tono.) ¡Cuándo no es Pascua!

AGUS. (A Ramiro) ¿Usted conoce á esa mujer?

RAM. ¿A la Goya? Sí.

AGUS. ¿Me quiere usted presentar á ella?

RAM. Con muchísimo gusto. (Llamando al mozo.)

AGUS. Bueno, ¿pero será ahora oportunidad?

RAM. Sí, hombre...

AGUS. ¿No se molestará el marido?

CHAR. No, hijo; ese tiene el cutis de papel de lija. (Se acerca el mozo y Ramiro le da una moneda.)

AGUS. (Queriendo pagar él.) No, no; permítame usted.

RAM. De ninguna manera.

BRUNO (En tanto que el Camarero cobra; á Carmen.) In due hore partirei per Hamburga, nell treno delle nuove.

CAR. Bruno, ¿por qué no me llevas á España?

¡Ma si sono duechenti franqui di piu!

Lo só... lo só... So que tu sey una imbechile, ma per fortuna sono cuá, tuo marito e si fará cuelo que io comande.

¡Lo que io comanderó! Cuesta sera prendo il treno e vado a Hamburga. Ni anque una parola. Un bok.

In due hore partirey per Hamburga nel treno dele nuove.

BRUNO ¡Spagna!... ¡Spagna!... ¡Non mi parli di Spagna! ¡Non vuol niente di Spagna ni anche degli spagnoli!

RAM. (Acercándose con Agustín y dirigiéndose á Carmen.) Carmencita, permítame que le presente á nuestro compatriota el señor marqués de Riansar... Carmen la Goya... nuestra primera estrella... Su marido el señor Bruno Caracciolo...

BRUNO (Levantándose y ofreciende la mano á Agustín.) ¡Signore!

AGUS. (A Carmen.) No he podido resistir al deseo de conocer personalmente á tan bella compatriota...

BRUNO Tante grazie, signore, tantisime grazie... Sedete cui. (Ofreciéndole una silla.) Oh, carissimo... Precisamente Spagna, la vostra gentile Spagna e la mia seconda patria.. Io adoro gli spagnuoli come ai mei proprie fratelli.

(Charito y Lina se acercan y quedan de pie.)

RAM. Mi querido Agustín, le dejo á usted perfectamente instalado y me voy.

AGUS. ¡Cómo!

RAM. Sí; me olvidé decirle esta mañana que era sábado, y que los sábados como con mi embajador.

AGUS. Pero...

RAM. ¡Qué quiere usted!.. Gajes del oficio... Crea usted que lo siento...

AGUS. Pero hombre, usted es un infame... Señora... señoritas... ¿ustedes ven lo que hace este hombre conmigo? Me deja abandonado en una población que no conozco... Además, á

¡Spaña!... ¡Spaña! ¡Non mi parli di Spaña! Non vuol niente di Spaña ni anque deli spañuoli.

¡Siñore!

Tante gratsie, siñore, tantisime gratsie... Sedete cui. ¡Oh, carísimo! Prechisamente, la vostra yentile Spaña e la mia seconda patria... Io adoro lli spañuoli come ay miey proprie frateli.

mí me da muchísima pena comer solo... ¿Quieren ustedes hacerme el favor de acompañarme?

CHAR. Con muchísimo gusto, marqués.

LINA Desde luego.

AGUS. Y ustedes también. (A Carmen y Bruno.)

BRUNO Oh, carísimo! Non sapete che io sono attormentato con questa cattiva idea della partenza ma o bisogno di partire questa sera per Hamburga.

AGUS. No puede usted aplazar el viaje?

BRUNO ¡Imposibile! Si trata de un affare molto serio e molto delicato. Ma la mia moglie vi fará el piacere della sua grata compagnia.

CAR. No, yo no puedo tampoco... Muchas gracias.

BRUNO Ma perché? Volontieri! Io sono sodisfatto! Sei libera per fare il tuo cómodo.

CAR. No, esta noche, no... me duele mucho la cabeza.

AGUS. ¿Me desprecia usted, señora?

CAR. No, no es eso... es que estoy mala.

AGUS. Siendo así... no insisto. (Suena un timbre dentro.)

CHAR. (Levantándose.) Bueno, marqués, entonces...

AGUS. (Volviéndose á ellas.) Lo que ustedes quieran.

CHAR. ¿Nos espera usted aquí?

AGUS. ¿Se van ustedes?

CHAR. Nuestro número va en seguida. Es cuestión de media hora.

AGUS. Entonces aquí...

CHAR. Hasta luego, marqués...

AGUS. Adiós, Charito... Adiós, Lina... Adiós Ramiro... (Vanse Charito y Lina por la izquierda; Ramiro por el foro.)

Oh, carísimo. Non sapete que io sono atormentato con cuesta cativa idea de la partensa, ma o bisoño di partire cuesta sera per Hamburga.

Imposíbile. Si trata di un afare molto serio é molto delicato. Ma la mía molle vi fará il piachere dela sua grata compañia.

¿Ma per qué? ¡Volontieri! Sey líbera per fare il tuo cómodo!

ESCENA FINAL

AGUSTIN, CARMEN, BRUNO; luego, por el foro, MR. GUILLAUME

BRUNO Sei lei il propietario di questo magnifico *yath* che ha fondeato ieri nel porto. Non si parla qui di altra cosa: Veramente e admirábile.

(Suena dentro al piano unas sevillanas con acompañamiento de castañuelas.)

AGUS. Sí; es muy bonito.

BRUNO Pensa lei rimanere qui molti giorni?

AGUS. Cómo?

BRUNO ¿Che si pensa stare qui molti die?

AGUS. ¡Ah! no sé.

(Entra Mr. Guillaume por foro y se dirige al mostrador.)

BRUNO (Levantándose y llamándole.) Monsieur Guillaullaume... Monsieur Guillaume... (A Agustín.) Scusi... c'e il impresario. (Se dirige hacia él y, cerca del mostrador, quedan ambos hablando en voz baja con ademanes expresivos.)

AGUS. (A Carmen en voz baja.) ¿Por qué no has querido cenar conmigo?

CAR. (En el mismo tono.) Porque yo contigo no ceno más que á solas.

AGUS. Ya comprenderás que no he venido más que á verte. Necesito verte.

CAR. Ven mañana á mi cuarto.

AGUS. ¿A qué hora?

¿Sey ley il proprietario di cuesto mañífico yot que ha fondeato ieri nel porto? Non si parla cui di altra cosa. Veramente e admirábile.

¿Pensa ley rimaneri cui molti giorni?

¿Que si pensa stare cui molti díe?

Msié Guillom... Msié Guillom... Scusi che il impresario.

CAR. A la que tú quieras. Toda la tarde estaré sola.

AGUS. ¿A las cuatro?

CAR. A la que tú quieras. (*Levantando la voz al ver que Bruno vuelve hacia ellos.*) Pues sí, señor marqués, crea usted que este país... (*Telón.*)

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO UNICO

Cuarto de hotel. Al foro gran balcón con el stor corrido. Una puerta á derecha y otra á izquierda. En el ángulo chimenea encendida y delante de ella un sillón. A la derecha una mesa con los cubiertos en desorden como de haber comido en ella. En una de las esquinas, limpia de servicio, una cafetera sobre un infiernillo apagado y dos tazas. Cerca de la mesa dos sillones. Al lado del balcón unos baules y unas cajas de sombrero de señora. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

AGUSTÍN, sentado en el sillón de cerca de la chimenea, fuma un cigarrillo. CARMEN vestida de bata, delante de la mesita y de espaldas á Agustín, prepara la cafetera. Pausa larga

CAR. (Sin volver la cabeza.) ¿Decididamente te vas?

AGUS. (Sin moverse.) Por mi gusto me habría marchado esta tarde. Pero, ¿quién se embarca con el mar así? Aguardaré á mañana.

CAR ¿Y si el tiempo no abonanza?

AGUS. Me marcharé por tierra.

CAR. ¿De manera que de todos modos te vas?

AGUS. De todos modos.

CAR. (Volviendo la cabeza.) ¿De veras?

AGUS. Toma, y tan de veras.

CAR ¿A que no?

AGUS. Mañana lo verás.

CAR (Sigue avanzando hacia él haciendo con gran coquetería signos negativos con la cabeza. El sin cambiar de

postura y mirándola hace signos afirmativos. Ella llegando hasta él y poniéndole las manos en los hombros.) ¿Aunque yo te lo rogara?

AGUS. Aunque me lo pidieras de rodillas.

CAR ¿Así? (Arrodillándose ante él.)

AGUS. Levanta.

CAR Mientras no me prometas...

AGUS. No seas niña; alza. (Levantándose y levantándola á ella.)

CAR Tienes razón; no es de rodillas como se piden estas cosas. ¿Pero y si te lo rogara de otro modo? Si te echara los brazos al cuello y te sujetara así... así... muy fuerte, (Abrazándole.) ¿qué harías?

AGUS. Cogería tus manos, las desharía así (Acompañando la acción á la palabra.) y te diría: Carmencita mía de mi vida, yo te agradezco mucho lo que por mí haces, tu buena voluntad y tus buenos deseos, pero me voy.

CAR (Retirándose.) ¿De verdad?

AGUS (Con firmeza.) De verdad.

CAR (Mirándole de alto á bajo y por fin encogiéndose de hombros) Bueno, pues... vete.

AGUS. (Mirando el reloj y volviendo á sentarse.) Aun es temprano. Hasta las nueve no viene tu marido y todavía no he tomado café. Porque supongo que me darás café.

CAR Ahora mismo. ¿Tienes una cerilla?

AGUS. Toma. (Dándole una caja.)

CAR. (Se dirige á la mesita y enciende el infiernillo.) Al menos dime por qué te vas.

AGUS. Porque sí.

CAR. ¡Pobre razón es esa!

AGUS. Cualquiera otra que te diese te parecería más dura y más dolorosa.

CAR. Ya no. Lo que me duele es tu proceder. Las razones que para ello tengas, ¡qué me importa!

AGUS. Entonces, ¿para qué quieres saberlas?

CAR Por curiosidad, por interés, por... la verdad, porque no comprendo tu proceder conmigo. Yo estaba aquí tranquila, sin acordarme para nada de ti; bien lo sabe Dios. Vienes, me buscas, me encuentras, pasas la tarde

conmigo, amable, cariñoso, enamorado... al parecer y de pronto, sin que ocurra nada, sin motivo alguno que lo justifique, te pones serio, grave, arrugas el ceño y dices: «Me voy»... Vé con Dios si tan mal te encuentras y si verdaderamente tienes ganas de irte, pero antes contéstame siquiera á esta pregunta: Si no me querías, ¿por qué has venido? Si me quieres, ¿por qué te vas?

AGUS. He venido porque no podía vivir sin ti.

CAR. Entonces, ¿por qué te vas?

AGUS. Porque no puedo vivir contigo.

CAR. (Con ironía.) Muy ingenioso.

AGUS. No, nada de eso. (Levantándose y avanzando hacia ella.) Te aseguro que nunca te he hablado con más sinceridad. Me coges en el cuarto de hora de la sinceridad. (Sentándose en el brazo de uno de los sillones, el más próximo á Carmen.) Es más; si supiera que no te enfadas...

CAR. ¿Qué...?

AGUS. No, nada; te vas á enfadar.

CAR. No me enfado.

AGUS. ¿De veras?

CAR. Palabra.

AGUS. Bueno, pues te voy á hablar con franqueza. Vas á saber todo lo que querías. Te lo voy á decir. (Se sienta en el sillón. Carmen se sienta en el otro dispuesta á escuchar.) ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Fué en Málaga; en tu tierra.

CAR. (Con tristeza.) ¡Hace ocho años!

AGUS. Justo; en un café cantante. Tú no tenías entonces dos pesetas. Bailabas con las castañuelas prestadas.

CAR. Tú en cambio tenías muchísimo dinero.

AGUS. ¡Mucho! Acababa de heredar á mi abuela.

CAR. Y te lo gastaste todo conmigo.

AGUS. Todo, no... bastante, nada más.

CAR. ¿Era eso lo que me querías echar en cara?

AGUS. ¡Qué disparate! Al contrario. Aquella fué la época más feliz de mi vida.

CAR. Entonces...

AGUS. Ay, Carmencita, Carmencita... tú no tenías dinero, pero en cambio tenías otras cosas

que valían más que todos los tesoros del mundo.

CAR. ¡Diecisiete años!

AGUS. Y una alegría que no te cabía en el alma.

CAR ¡Es verdad!

AGUS. Eras encantadora, deliciosamente encantadora... toda juventud, toda ingenuidad, toda ternura, toda amor. Te quise como no había querido á ninguna mujer; como no querré ya á ninguna mujer.

CAR ¡Agustín!

AGUS. Calla, no me interrumpas; te he dicho que estoy en el cuarto de hora de la sinceridad. Fuí muy feliz contigo; todo lo feliz que puede ser un hombre. Pero aquella felicidad duró muy poco. Reñimos en imbécil; por una tontería.

CAR Tú tuviste la culpa.

AGUS. No, tú.

CAR Tú.

AGUS. Bien; no discutamos; ¡qué más da! Reñimos. Aquella misma tarde cogí el tren y huí. No quería volverte á ver; no quería saber más de ti.

CAR Y tan bien lo cumpliste que ni siquiera te enteraste de que estuve enferma.

AGUS. ¿Estuviste enferma? (Con interés.)

CAR Creyeron que me moría.

AGUS. (Conmovido.) No supe nada.

CAR Hiciste todo lo posible para no saberlo.

AGUS. Y tú todo lo posible porque no lo supiera.

CAR ¿Qué iba á hacer yo?

AGUS. Llamarme.

CAR. ¿Yo? No. Yo soy de las que se mueren, pero no se humillan.

AGUS. Ese orgullo fué el que te perdió.

CAR ¿Para qué discutir? Sigue con tu historia.

AGUS. Con la nuestra dirás.

CAR Bien, con la nuestra; sigue.

AGUS. Queda ya muy poco que contar. Cuando me separé de ti me fuí por el mundo. Recorrí medio mundo.

CAR Gastándote el dinero de tu abuela.

AGUS. Justo.

CAR. Divirtiéndote mucho.
AGUS. A ratos.
CAR Y olvidado de mí.
AGUS. A veces.
CAR ¿Nada más que á veces?
AGUS. Nada más.
CAR Ahora sí que no eres sincero.
AGUS. Te equivocas; más que nunca lo soy. No, no te rías. Te digo la verdad. Yo no te olvidé nunca. Cuanto más lejos estabas de mis ojos, más adentro te sentía en mi corazón.
CAR ¿Por qué, pues, no me buscaste?
AGUS. No te podía buscar.
CAR ¿No te dejó tu orgullo? Y hablas del mío.
AGUS. No, no fué el orgullo. Fué algo más hondo, más doloroso y más triste.
CAR ¿Qué fué?
AGUS. ¿Quieres saberlo?
CAR Sí.
AGUS. Fué... porque saber de ti era saber que me habías sustituído en tu corazón.
CAR (Vivamente.) En mi corazón, no.
AGUS. Peor aún.
CAR. ¡Y qué iba á hacer!
AGUS. No te recrimino. Pero así fué. Y esto no podía yo perdonártelo. Mi amor por ti era demasiado grande para que yo pudiera fríamente volver á besar unos labios que después que yo, besaron otros hombres... Además me desconcertó un poco eso de la Goya... La Goya... la Goya... Yo no sabía quien era la Goya. Tardé mucho tiempo en enterarme de que mi Carmen y la Goya eran una sola personalidad.
CAR. Necesitaba un nombre vistoso... un nombre de cartel... Carmen Ruiz no decía nada.
AGUS. No, si hiciste bien... Es un nombre bonito, muy español... La Goya... suena bien... ¿Quién te lo puso?
CAR. Un pintor valenciano que me quiso muchísimo.
AGUS ¿Más que yo?
CAR ¡Mucho más!
AGUS. ¡Quiá!

CAR ¡Vaya!

AGUS ¿Y tú?

CAR ¿Yo? Yo fuí una buena amiga para él.

AGUS ¿Nada más?

CAR Nada más.

AGUS. ¿No le quisiste?

CAR. No. Yo no he querido en el mundo á nadie más que á ti. Oh, puedes creerme ó no creerme, lo que te parezca. Yo no he querido en el mundo á nadie más que á ti. (Se levanta, se acerca á la mesa y de espaldas á Agustín coge la cafetera y prepara las tazas.) Y sin embargo, aquel muchacho merecía que le hubieran querido. Valía mucho, mucho. (Volviéndose á Agustín.) ¡Mucho más que tú!

AGUS ¿Tenía talento?

CAR ¡Pch!

AGUS ¿Era guapo?

CAR ¡Pch!

AGUS ¿Rico entonces?

CAR Pobre como las ratas. Cuando pintaba compraba los colores al fiado. Nunca me pudo dar dinero. (Cambiando de tono.) Pero tampoco me humilló con él. No halagó jamás mi vanidad con galas y con joyas, pero tampoco hirió nunca mi orgullo de mujer. No me subió como tú hasta las nubes, pero tampoco me dejó caer de pronto para que me rompiera el corazón contra la realidad. Nunca me supo hacer dichosa, pero nunca tampoco me hizo sufrir.

AGUS Por eso no le amaste.

CAR. ¿Porque no me hizo sufrir? Es posible.

AGUS Por eso en cambio te quise tanto yo. (Levantándose y acercándose á ella.) Porque eres la mujer á quien debo más alegrías y á quien debo también más sufrimientos; la única que me hizo dichoso y la única que me hizo sufrir; la que me enseñó que solo cuando verdaderamente se sufre es cuando verdaderamente se ama.

CAR Verdad; yo no supe lo que te quería hasta que me dejaste.

AGUS Yo no supe lo que te amaba hasta que te perdí.

CAR. Agustín... ¡mi Agustín! (Cogiéndole las manos.)

AGUS. (Rechazándola dulcemente.) No, ya no... ya no sufro. Ya me curé.

CAR. (Mirándole extrañada.) ¡Qué!...

AGUS. (Indiferente, cogiendo la taza y sentándose de nuevo.) Que ya me curé.

CAR. ¿Era eso lo que tenías que decirme?

AGUS. He venido precisamente para eso.

CAR. ¿Para decírmelo?

AGUS. Para curarme. (Carmen hace un gesto de extrañeza. El se levanta, deja la taza sobre la mesa y se acerca de nuevo á Carmen.) Oye: cuando lejos de ti me dí por primera vez cuenta de que te había perdido para siempre, creí volverme loco; después, pasado el primer arrebato creí que me moría; después, más tranquilo soñé con olvidarte. Las tres veces me equivoqué. Ni enloquecí, ni me morí, ni te olvidé. Fuí por el mundo de tumbo en tumbo y de caída en caída siempre con tu recuerdo por delante, cada vez más tenaz. Para aturdirme gasté el dinero á manos llenas, en el juego, en negocios, en mujeres... El juego, aunque te parezca extraño nunca se me dió mal. Los negocios, quizá porque nunca lograron interesarme, la mayoría me salieron bien. Las mujeres... ¡oh! las mujeres... Siempre que salía de los brazos de una, salía diciendo: ¡Ah, mi Carmen, mi Carmen!... Como mi Carmen ninguna. Esta idea apoderándose poco á poco de mí, llegó á obsesionarme de tal modo, que la vida se me hizo imposible. Yo no pensaba más que en ti... yo no soñaba más que contigo; yo no vivía más que para ti... No tienes idea de los disparates que hice para olvidarte... Con la fiebre de un anticuario que persigue una pieza que le falta en su colección recorrí el mundo buscando mujeres, mujeres y mujeres... Encontré muchas, pero entre tantas no encontré la mía, mi nena de diecisiete años, toda alegría, toda juventud, toda ingenuidad, toda ternura, toda amor. Y un día en que desesperado y loco ya me veía á dos pasos del alcohol, de

la morfina ó del revólver, caí de pronto en la cuenta de que mi enfermedad tenía remedio y de que el remedio estaba en mi mano. No eras tú á quien yo amaba; era á tu recuerdo; era á un ideal que yo me había forjado con recuerdos de ti, de tus ojos, de tus labios, de tu gracia, de tu alegría, de tu juventud... Para romper un ideal—pensé—no hay más que tenerle un momento en las manos. Vamos, pues, me dije, á romper mi ideal. (Carmen ha escuchado el relato al principio fingiendo indiferencia mientras toma la taza de café; interesándose luego poco á poco hasta llegar á conmoverse. El continúa tratando de dar á sus palabras una frivolidad que está muy lejos de sentir.) Al principio ¿por qué negarlo? tuve miedo; miedo de equivocarme una vez más; miedo de que fueras todavía como yo te soñaba. ¡Con qué miedo vine aquí! ¡Con qué miedo fuí al teatro! ¡Con qué miedo me senté en la butaca! ¡Con qué miedo esperé que las cortinas del telón se abriesen y aparecieras tú! Apareciste y me quedé tranquilo. No me había engañado. Eras como mi razón me decía que tenías que ser. Más mujer, más hermosa, más distinguida, más elegante, más artista, ¡infinitamente más artista! pero... pero no eras mi nena... no eras mi Carmen... eras... ¿cómo te diré yo? eras la Goya.

CAR (Sonriendo amargamente.) ¡Se rompió el ideal!

AGUS Se rompió en parte. Pero yo necesitaba romperle del todo, destrozarle, pulverizarle...

CAR ¿Y qué hiciste?

AGUS Me fuí del salón al Bar. Allí por unas botellas de Champagne, unos labios piadosos me dijeron todo lo que necesitaba saber.

CAR ¿Qué te dijeron? (Levantándose.)

AGUS Lo bastante para que se rompiese el ideal.

CAR. ¡Agustín!

AGUS. (Acercándose á ella y bajando la voz.) Todo... todo... tu vida de España... de tablado en tablado...

CAR. ¡Oh! (Volviendo la cara avergonzada.)

AGUS. Tu vida en Paris de cabaret en cabaret y de Music-Hall en Music-Hall...

CAR. ¡Calla!

AGUS. Tu vida por Europa.

CAR. ¡Qué infamias te habrán dicho!

AGUS. ¡Muchas!

CAR. ¿Y las creíste?

AGUS. Unas sí y otras no... Por último, supe tu matrimonio con ese bandido, con ese miserable...

CAR. ¡Agustín!

AGUS. ¡Con ese villano!

CAR. Agustín... es mi marido...

AGUS. Es un villano. El hombre que explota a una mujer es un villano, sea su hermano ó su padre, su amante ó su marido. La villanía no reconoce parentescos.

CAR. No, Agustín, no, te han engañado.

AGUS. No le defiendas. ¡Es un miserable!

CAR. ¡Agustín! (Suplicando.)

AGUS. Es lo único que no te perdono. ¿Cómo es posible que hayas caído tan bajo que quieras á ese hombre? (Carmen se deja caer en el sillón.) Como es posible, ¿dí? Porque tú le quieres.

CAR. (Moviendo la cabeza negativamente.) No.

AGUS. (Extrañado.) ¡Cómo!... ¿no le quieres?... Entonces, ¿por qué te casaste con él?

CAR. No lo sé.

AGUS. ¿Por pasión? No. ¿Por conveniencia? Tampoco. ¿Por capricho?...

CAR. Déjame, por Dios... déjame. No me preguntes nada. (Tapándose la cara con las manos.)

AGUS. Es curioso. (La contempla unos instantes y se pone á pasear con las manos en los bolsillos. Deteniéndose de pronto ante ella.) En fin; ya ves si hice bien en venir aquí. No podía vivir sin ti y ya puedo. Tenía un recuerdo que me abrumaba y le he arrojado lejos; un ideal que entorpecía mis pasos y lo he roto. Gracias á ti voy á vivir de nuevo. No dirás que no te he hablado con franqueza, que no he satisfecho plenamente tu curiosidad. Ya sabes por qué vine y por qué me voy. Vine porque no podía vivir sin ti. Me voy porque no puedo vivir contigo. (Ella sigue con los ojos tapados con las ma-

nos. El la mira un momento, coge el gabán que está sobre una silla y vuelve al lado de ella) Adiós, Carmen... Confío en que ésta será nuestra última conversación... Seguramente no nos volveremos á ver más. Perdóname si alguna vez, sin querer ó á sabiendas he podido causarte un momento de dolor. Perdóname si algo he dicho que ha podido ofenderte. ¿Me perdonas?

CAR. Sí. (Sin levantar la cabeza.)

AGUS. ¿No me guardas rencor?

CAR. (Encogiéndose de hombros.) ¿Por qué?

AGUS Adiós, Carmen. (Tendiéndole la mano. Ella, sin mirarle le tiende la suya. El la estrecha fuertemente, muy emocionado.) Adiós, adiós... (Atraviesa la escena hacia izquierda sin volver la cabeza.)

CAR (Levanta la suya y le sigue ansiosamente con la mirada. Cuando Agustín va á llegar á la puerta se pone bruscamente en pie y grita:) ¡Agustín!

AGUS. (Se extremece, se detiene en seco y gira en redondo.) ¿Qué?...

CAR Nada... nada... (Cae otra vez en el sillón, llorando.)

AGUS (Vacila un momento y luego se acerca á ella.) Carmen.. Carmen... mi Carmen. (Ella sigue llorando. El rodeándola el cuerpo con el brazo; con gran ternura.) ¿Por qué lloras?

CAR Por nada... déjame. (Llorando.)

AGUS. (Quitándole las manos de la cara.) No quiero... no quiero que me llores... No me llores tú... (Inclinándose sobre ella hasta arrodillarse.) Todo lo que he dicho es mentira... todo ha sido mentira... no me hagas caso... Es que estoy loco... ¡Si es que me tienes loco!

CAR No, Agustín; has dicho la verdad.

AGUS. No era yo quien hablaba. Eran mi rabia y mi dolor. (Levantándose.)

CAR Era la verdad. Ya no soy tu Carmen.

AGUS. Sí, lo eres; lo serás siempre que tú quieras.

CAR. No, ya no. Se rompió el ideal.

AGUS. ¿Por qué le rompiste?

CAR. ¡Por que le dejaste tú romper!

AGUS. Porque era la única manera de olvidarte. Yo no podía vivir sin ti.

CAR. Ni yo tampoco. (Levantándose.)

AGUS. ¿Qué dices?

CAR. Que yo no podía vivir sin ti. Tu recuerdo me ahogaba, me mataba. Y como tú quise aturdirme. Y como tú quise olvidar.

AGUS. ¿Fué por eso?

CAR. Sólo por eso; nada más que por eso. Yo me veía lejos de ti, despreciada, odiada. Sabía que jamás, jamás volvería á ser tuya, que nunca más me vería en tus brazos. ¡Qué me importaba, pues, el mundo! ¡Qué me importaba ya nada! Sin ti mi vida no tenía ya más que un objetivo; divertirme, aturdirme... olvidar, olvidar...

AGUS. ¡Pobre Carmen mía! (Abrazándola.)

CAR. Pero fuí en mi locura demasiado lejos. Ya no soy digna de ti.

AGUS. ¡Siempre!

CAR. No, ya no. (Llorando.) Soy muy mala. He sido muy mala.

AGUS. Yo te purificaré con mis besos.

CAR. No es bastante.

AGUS. Sí, tú lo verás. Te arrancaré de aquí. Te llevaré de nuevo á España, á nuestra tierra, bajo nuestro sol. Dejarás de ser la Goya y volverás á ser mi Carmen.

CAR. ¡Ya no es posible!

AGUS. Ahí enfrente (Señalando el balcón.) tengo anclado el *yath*. El tiempo es crudo, pero ¡qué importa! ven. (Cogiéndole las manos.)

CAR. (Desprendiéndose.) No.

AGUS. (Insistiendo.) Ven.

CAR. (Con energía.) No.

AGUS. (Extrañado.) ¿No quieres?

CAR. No.

AGUS. ¿Por qué?

CAR. Es tarde ya.

AGUS. Nunca es tarde para el amor.

CAR. Para el nuestro, sí. Hemos vivido demasiado de prisa.

AGUS. Pero si te adoro más que nunca.

CAR. En este momento. Pero ¿y mañana? Cuando pase este arrebato y me mires fríamente y leas en mis ojos todas las historias de mi vida, ¿qué pensarás de mí?

AGUS. Que has sufrido mucho.
CAR. ¿No pensarás que fuí muy mala!
AGUS. No.
CAR. ¿No recordarás lo que ayer te dijeron?
AGUS. Infamias .. calumnias.
CAR. No, no son infamias, no son calumnias... Todo es verdad. He rodado en España de tablado en tablado. He recorrido en París todos los cabarets, todos los *Music Halls*...
AGUS. ¡Calla!
CAR. He caído en los sitios más bajos de las cortes de Europa.
AGUS. Yo te lo perdono todo, porque fué por mi amor.
CAR. Si me perdonas es que no me quieres. Si me quieres de veras no me perdonaras.
AGUS. Yo te lo perdono todo, porque fué por mi amor. Ven, vámonos de aquí... ahora mismo, así, conforme estás... Mi barco sólo espera una orden para salir... Iremos donde quieras, á donde tú quieras... Vámonos, ven, ven... (Intentando arrastrarla.)
CAR. (Desprendiéndose.) No.
AGUS. Pero ¿por qué?... ¿por qué no quieres?
CAR. Porque no puede ser. Tú mismo lo has dicho. Los ideales cuando se rompen no se componen más. El nuestro se rompió. Tú no me puedes volver á querer.
AGUS. ¡Siempre!
CAR. No. Tú no puedes volver á besar unos labios que después que tú besaron otros hombres.
AGUS. ¡Carmen!
CAR. Tú eres de los que no perdonan. Yo soy de las que no se humillan... Sería una vida horrible de celos, de torturas, de reproches. . No, no, no... ¡no!
AGUS. ¡Pero si te quiero más que nunca!
CAR. ¡Y yo á ti!
AGUS. Entonces...
CAR. ¿Tú serías capaz de borrar el pasado?
AGUS. Sí.
CAR. ¿Todo?
AGUS. ¡Todo!
CAR. Ven mañana por mí.

AGUS. ¿Por qué mañana? Ahora.

CAR. Ahora, no.

AGUS. ¿Por qué?

CAR. Mañana. Dejemos pasar este arrebato, esta ráfaga de locura. Tú no eres en este momento dueño de ti. Hablas por impresión... Vete, vete ahora... Piensa fríamente en nuestra situación... en la tuya, en la mía... piensa en lo que yo soy... en lo que yo he sido... en lo mala que he sido... piensa en todo lo que te han dicho de mí, y si después de pensarlo, mañana, fríamente, vienes á buscarme, yo me voy contigo.

AGUS. Hasta mañana. (Tendiéndole la mano.)

CAR. Mañana no vendrás.

AGUS. Hasta mañana. (Recoge el gabán y el sombrero y vase por izquierda. Carmen se dirige al balcón, descorre el stor y por detrás de los cristales queda largo rato despidiendo á Agustín.)

ESCENA II

CARMEN, CHARITO

CHAR. (Por izquierda. Mira á todas partes un poco asombrada al no ver á nadie y llega hasta el centro de la escena.) Carmen...

CAR. (Saliendo del balcón.) ¿Qué?

CHAR. ¡Ah! ¿estabas ahí? No te había visto. Mira, Carmencilla, perdóname que me venga á tu cuarto, pero en el mío hace un frío horrible. Estoy muertecita, muertecita. (Acercándose á la chimenea.)

CAR. ¿No tienes calefacción?

CHAR. (Sentándose en el sillón.) Sí, un chubeski, maldito sea el chubeski y quien lo inventó. Yo no he acabado todavía de entender ese chisme. ¿Echas poco carbón? te hielas: ¿echas mucho y cierras la llave? te atufas; ¿la dejas abierta? te achicharras y además te arruinas... ¡Que poblacioncita esta!... ¡Sevilla de mi alma! ¡Ay, Carmencilla, y qué fatigas hay que pasar para ganar dinero!...

CAR ¿No trabajas esta noche?

CHAR. Trabajé esta tarde. Vengo ahora de allí. Oye, y á propósito: ¿es verdad lo que me han dicho?

CAR. ¿Qué...?

CHAR. Que no prorrogas el contrato.

CAR. No quiere Bruno.

CHAR. ¿De modo que es verdad? ¿Te vas á Hamburgo?

CAR. Probablemente.

CHAR. Pues, mira, mujer, lo siento; de verdad que lo siento.

CAR. Yo también. Estaba aquí muy á gusto.

CHAR. Entonces no te vayas.

CAR. No tengo más remedio. Se le ha metido á ese en la cabeza... Ya sabes lo que es.

CHAR. ¡Sí que te ha caído un maridito en suerte!... ¿Pero cómo es posible que te hayas casado con ese hombre?. . ¿Qué locura te dió?

CAR. Eso, locuras.

CHAR. No lo comprendo.

CAR. Trabajaba yo en París, en la Scala. Me escribieron una pantomima, *Noche de amor...* me la escribió Copée... François Copée... una preciosidad... Para la obra era necesario un hombre... Bruno estaba entonces de mimo en *Moulin Rouge...* le contrataron...

CHAR. Y á ti que siempre te han gustado los mimos...

CAR. Cometí la tontería de enamorarme de él y nos casamos. Bueno, él trabajaba de una manera admirable... no hay que negárselo.

CHAR. Ah, ¿sí? No sabía... Yo no le he visto nunca trabajar.

CAR. No, si dejó de trabajar en cuanto se casó. Para eso se casó.

CHAR. ¡Que tío!

CAR. ¡Oh, y si fuera sólo eso!

CHAR. Sí; ya lo sé.

CAR. Es un animal; no tienes idea de nada más bruto.

CHAR. Hija, yo lo que no me explico es cómo vives con él. Yo me habría separado ya.

CAR. No puedo.

CHAR. No sé cómo tienes paciencia.

CAR. No es paciencia.

CHAR. ¿Qué es?

CAR. ¿Quieres que te lo diga? Es... miedo.

CHAR. ¡Cómo!

CAR. Ese tío me mata en cuanto yo me separe de él.

CHAR. ¡Mujer!

CAR. No te quepa la menor duda... Me mata. Yo no muero de muerte natural.

CHAR. ¡Qué cosas tienes!

CAR. ¡Si no puede ser otra cosa!... El es muy bruto... Yo soy muy fiera... Un día vendrá el disgusto... tiene que venir... Y ese día ó él me corta á mí el cuello ó se lo corto yo á él.

CHAR. ¡Mujer!

CAR. ¡Por estas! (Haciendo una cruz con los dedos y besándola.)

ESCENA III

DICHAS, BRUNO, por izquierda, con el cuello del gabán subido y un maletín de viaje que deja sobre la mesa

CHAR. Buenas noches, señor Caracciolo.

BRUNO (Secamente.) Buona sera. (Se quita el gabán y lo tira sobre una silla. Luego se acerca á la chimenea sin quitarse el sombrero y se calienta las manos.)

CHAR. Hace frío, ¿eh?

BRUNO Assai!

CHAR. Siéntese usted aquí. (Levantándose y ofreciéndole el sillón.)

BRUNO Sto bene.

CHAR. No, si yo me voy.

BRUNO Parte lei?

CHAR. Sí, hijo, sí; aunque no sea más que por no verle á usted la cara. Camará y que carita

---

¡Asay!

Stó bene.

¿Parte ley?

se ha traído usted de Hamburgo... ¿No se han dado bien los negocios?

BRUNO Vi importa?

CHAR. ¡Qué galante y que fino es usted! Parece usted un cepillo.

BRUNO ¡Bah! (Con un gesto de desprecio.)

CHAR. (Medio mutis.) Adiós, hijo... y que usted se mejore... Y otra vez que vaya de viaje cómprese un librito de urbanidad... En España cuestan dos perras gordas... ¡Camará con el tío! (Vase por izquierda.)

ESCENA IV

CARMEN, BRUNO

BRUNO (Se dirige á la puerta por donde acaba de salir Charito, la cierra con pestillo y vuelve al centro de la escena.) Maledetto viaggio!... Tutto e fracasato! E imposibile per ora la tua scrittura colla impresa di Hamburga.

CAR. Me alegro.

BRUNO (Remedándola.) Mi allegro!... Tu sempre ti allegri di tutto quello che mi dispiace a me. Per Bacco, che il tuo desiderio e sodisfatto! Sarai contenta!... Allegra!... Abbiamo fatto un bellisimo affare!... Duecenti franchi che si vanno via... E poi il danaro del viaggio.

CAR. Tú has tenido la culpa.

BRUNO Bene, non parliamo... (Se dirige hacia la mesa.) Con quale persona hai pranzato?

CAR. Con quien he querido.

¡Maledeto viayio! ¡Tuto e fracasato! E imposíbile per hora la tua scritura cola impresa di Hamburga.

¡Mi alegro! Tu sempre ti alegri di tuto cuelo que mì dispiache a me. ¡Per Baco que il tuo desiderio e sodisfato! ¡Saray contenta!... ¡Alegra!... ¡Abiamo fato un belísimo afare!... Duechenti franqui que si vano via... E poy il danaro del viayio.

¿Con cuale persona ai pransato?

BRUNO Lo dico perche vedo in tavola servizio per due.

CAR. Con Charito.

BRUNO E sicuramente sarai tu chi avra pagato? Sempre lo stesso!... Sempre facendo la gran signora!... Cosi non si puo vivere... Non si puo vivere cosi. (Dando un puñelazo sobre la mesa. Después abre el maletín, saca de él un chorizo, coge un pedazo de pan de los que quedaron sobre la mesa, se llena una copa de vino, saca del bolsillo una pequeña navaja de muelles, la abre, se sienta y se pone á comer. Carmen se sienta en el sillón de la chimenea. Pausa. El volviendo la cabeza.) Va via subito á vestirti.

CAR. ¿Para qué?

BRUNO Per andare in teatro.

CAR. ¿A qué?

BRUNO Per ché? Se capisce caríssima mía. Per combinare qualche cosa coll impresario. Per che ti scritture di nuovo.

CAR. Ah, no.

BRUNO Eh?

CAR. Yo no trabajo más aquí.

BRUNO (Levantándose.) Come?

CAR. Mira, Bruno; cuando ayer se te metió en la cabeza que nos marcháramos á Hamburgo te lo dije bien claro: déjate de tonterías y quedémonos aquí; aquí estamos bien; la empresa es formal, el negocio es seguro, el público me quiere... A pesar de todo te emá peñaste... me obligaste á reñir con el empresario... Y quieres que después de aquella escena desagradable, violentísima, vaya yo

---

Lo dico perque vedo in tavola servisio per due.

¿E sicuramente sarai tu qui avrá pagato? ¡Sempre lo steso! ¡Sempre fachendo la gran siñora! ¡Cosi non si púo vivere! ¡Non si púo vivere cosi! Va súbito á vestirti.

Per andare in teatro.

¿Per qué? Se capiche, carísima mía. Per combinare cualque cosa colimpresario. Perque ti scriture di nuovo.

ahora á humillarme y á pedir... No, hijo, no.

BRUNO Bah! Questo non ha nessuna importanza!

CAR. No te importará á tí. A mí sí.

BRUNO ¡Bah!

CAR. ¿Pero tú crees que yo no tengo dignidad?

BRUNO La dignitá? Ma che cosa credi tu che c'e la dignitá? In materia di affari e una cosa stupida la dignitá.

CAR. Sí, sobre todo para tí. Ya lo sé.

BRUNO Bene, bene... lasciame in pace... Va via e vestiti... mi fai il piacere.

CAR. Te he dicho que no.

BRUNO Carmen! (Dando un puñetazo sobre la mesa.)

CAR. Es inútil que te alteres ni que des voces; te he dicho que no voy.

BRUNO (Violento, avanzando hacia ella.) Ma per ché, perché?...

CAR. Porque yo no me pongo en ridículo, ¡ea! ya lo sabes. Después de planteada la cuestión en los términos en que ayer lo hiciste, yo no puedo ahora ir á transigir... se burlaría todo el mundo de mí... empezando por el público... por mis compañeras... por la misma empresa...

BRUNO Allora che pretendi tú? Ti pare bene che rimaniamo cosi aspetando il mana un giorno e altro giorno?... Per forza tu sei pazza, tu sei matta, tu sei imbecile!... (Cru-

---

¡Bah! Cuesto non a nesuna importansa.

¡La diñitá! ¿Ma qué cosa credi tú que ché la diñitá? In materia di afari ché una cosa stúpida, la diñitá.

Bene, bene... láchiame in pache. Va vía e véstiti; mi fay il piachere.

¿Ma per qué? ¿Per qué?

¿Alora qué pretendi tú? ¿Ti pare bene que rimaniamo cosi aspetando il maná un yiorno, e altro yiorno? Per forsa tú sei pasa, tú sei mata, tú sei imbechile. E una situasione delisiosa la nostra. ¡Per Cristo que

zándose de brazos.) E una situazione deliziosa la nostra!... Per Cristo... che fra poco la miseria, la rovina sara con noi!... Bella cosa!... Abbiamo la festa in pace... Non mi provochi, non mi disturbi... e va, va á vestirti per l'última volta.

CAR. Te he dicho que no. (Con mucha calma. Pansa.)

BRUNO (Acercándose á ella.) Vado á vestirmi. Hai capito? Vado á vestirmi. Ti prego di fare lo proprio. (Vase derecha. Carmen se levanta, se dirige á la mesa, llena una cpa de agua y bebe. De pronto ve la navaja que Bruno dejó sobre la mesa, la coge, la cierra y se la guarda en el pecho. Desde dentro.) ¡Carmen! (Carmen calla. El más alto.) ¡Carmen!

CAR. Qué.

BRUNO Ti vesti?

CAR. No. (Nueva pausa. Carmen se dirige al balcón, lo abre y se recuesta sobre la barandilla. Está nevando.)

BRUNO (Saliendo, en camiseta.) Carmen! (Carmen se vuelve. El avanzando hacia el centro de la habitación.) Ma io ti domando che cosa ti hai proposto!... (Carmen calla.) Chiude il balcone. (Carmen no se mueve. El avanzando.) Hai sentito? Chiude il balcone!... (Carmen retrocede hasta la barandilla. El avanzando hasta el dintel.) Fuori di la!... Fuori ti dico!... Per la madonna io ti giuro che ti recordarai da me. Qui dentro... O ditto che qui!

---

fra poco la miseria la rovina, sará con noy! ¡Bela cosa! Abiamo la festa in pache. ¡Non mi provoqui, non mi disturbi e va á vestirti per lúltima volta!

Vado á vestirmi. ¿Ay capito? Vado á vestirmi. Ti prego di fare lo proprio.

¡Carmen! ¡Carmen!

¿Ti vesti?

¡Carmen! Ma io ti domando, ¿qué cosa ti ay proposto? ¡Quiude il balcone! ¿Ay sentito? Quiude il balcone. ¡Fuori ti dico! ¡Fuori di la! ¡Per la madona io ti yiuro que ti ricordaray da me. Qui dentro! O dito que cui.

CAR. ¡No quiero!

BRUNO Ah, mala donna! (Alzando la mano para pegarla.)

CAR. (Aferrándose á la barandilla.) ¡No me toques que grito!... ¡No me toques, Bruno, no me toques! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO

¡A mala doña!



EPÍLOGO

Una habitación del piso bajo en casa de Ramiro Sandoval. En el foro, una puerta y dos ventanas cerradas. Dos puertas á derecha. A la izquierda gran chimenea encendida y cerca de ella un gran sillón de gutapercha. En el ángulo del mismo lado, una mesa de despacho. Sobre la mesa una pequeña lámpara encendida. En el centro de la habitación, aparato eléctrico encendido también. El conjunto de los muebles, severo y sombrío.

ESCENA PRIMERA

RAMIRO sentado ante la mesa escribiendo. LUIS en cuclillas ante la chimenea atizándola. Se oye fuera bramar el viento

RAM. (Después de una pausa.) ¡Qué noche!

LUIS Tremenda, señor. Creo que es la peor de todo el invierno.

RAM. ¿Sigue nevando?

LUIS De una manera horrible.

RAM. ¿Qué hora es?

LUIS Van á dar las diez. (Levantándose.)

RAM. Mucho tarda el marqués. Me dijo que vendría muy temprano.

LUIS ¿Quiere el señor el café?

RAM. Sí. (Luis vase por primera derecha y vuelve á poco con un servicio de café que deja sobre la mesa. Suena en la puerta dos golpes.) Abra usted. Debe ser el marqués.

LUIS (Se dirige á foro y abre la puerta.) Sí, el señor marqués.

ESCENA II

DICHOS y AGUSTÍN

AGUS. (Entrando con el gabán y el sombrero lleno de nieve.) ¡Qué barbaridad!... ¡qué noche!

RAM. (Levantándose.) Horrible, ¿eh?

AGUS. Vea usted. (Mostrando el gabán y el sombrero. Se los quita y los deja sobre una silla. Luego se dirige á la chimenea y de espaldas á ella se calienta las manos.) Vengo helado.

LUIS ¿Desean algo más los señores?

RAM. No, nada. (Vase Luis segunda derecha.)

AGUS. Yo le hacía á usted en el teatro.

RAM. Sí, pensaba ir... pero cené aquí, en casa; me dió pereza... Además tenía interés en verle á usted.

AGUS. ¿Para qué?

RAM. Hombre, para saber si definitivamente se marchaba usted manana.

AGUS. Sí, me voy.

RAM. ¿A qué hora?

AGUS. En el primer tren. A las seis.

RAM. No quería saber más que eso.

AGUS. Supongo que no pensará usted hacer la tontería de ir á despedirme.

RAM. No faltaba más.

AGUS. ¡De ninguna manera! ¡Pues está bueno el tiempo para levantarse á las cinco de la mañana!

RAM Yo estoy acostumbrado.

AGUS. No, no, de ningún modo. La amistad no debe llegar hasta la pulmonía. Nos despedimos ahora y aquí. (Avanzando hasta Ramiro y estrechándole las manos.) Querido Ramiro, conste que agradecidísimo á las atenciones que ha tenido usted conmigo.

RAM. ¡Por Dios! Yo lo que siento es el poco tiempo que ha estado usted aquí. Se va usted sin ver nada. ¿Por qué no se queda siquiera un par de días más?

AGUS. No puedo; créame usted, Ramiro, no me atrevo... Precisamente me marcho en el primer tren porque si me quedara aquí todo el día, es posible que hiciera un disparate.

RAM. Siendo así no insisto... Perdone usted, se me está enfriando el café. ¿Usted quiere? (Dirigiéndose á la mesa y cogiendo la taza.)

AGUS. No, gracias. (Vuelve á la chimenea.)

RAM. De veras. ¿Quiere usted café?

AGUS. Ca, de ninguna manera. Estoy yo bueno para café. Tengo los nervios como una pila eléctrica. He pasado un día de prueba, Ramiro. He sufrido mucho.

RAM. ¿Pero tanto quiere usted á esa mujer? (Sentándose.)

AGUS. No he querido en el mundo más que á ella. Figúrese usted lo que sufriré cuando veo que la he perdido para siempre.

RAM. Sí, es muy doloroso.

AGUS. No tiene usted idea. Pero en fin, ¡qué se le va á hacer! ¡Paciencia!

RAM. ¿De modo que definitivamente puede considerarse todo terminado?

AGUS. Completamente terminado. No hay otra solución. ¿Cómo voy yo á volver con esa mujer?

RAM. Verdaderamente.

AGUS. ¡Cómo ha caído!... ¡Cómo se ha hundido! ¡Parece mentira!... Si la hubiera usted visto cuando yo la conocí... qué ingenua, qué buena, qué sencilla... ¡qué encanto!

RAM. Pues ahora...

AGUS. Sí, ya lo sé.

RAM. No, no lo sabe usted. ¡Si usted supiera! (Levantándose y acercándose á Agustín.) Yo no le he querido decir nada hasta ahora porque le veía á usted muy ilusionado y, la verdad, me daba muchísima pena romperle á usted de un golpe toda su ilusión. Pero ahora que está usted en frío, en el terreno firme de los hombres fuertes, ahora que entiendo que el más grande favor que puedo hacerle es decirle á usted la verdad, se la digo. No tiene usted idea de lo que es esa mujer. Está

completamente hundida. Un hombre honrado no puede hablar con ella. No se la puede dar la mano sin ruborizarse .. Perdóneme que le hable así.

AGUS. Al contrario; se lo agradezco á usted. Es más; ya lo sabía. Por eso me voy.

RAM. Hace usted bien.

AGUS. Esta tarde tuve un momento de vacilación... Fuí débil... pero ya no... No, no puede ser... Va en ello mi porvenir, mi dignidad, mi honor... Yo no puedo descender á eso... ¡Jamás, jamás!...

RAM. Es usted un hombre de voluntad.

AGUS. Sí, ¿pero á costa de qué? Estoy completamente destrozado. (Sentándose en el sillón de gutapercha. Pausa. Se oye fuera bramar el viento y se abre una de las ventanas del foro con gran estrépito. El, levantando la cabeza.) ¿Qué es eso?

RAM. Nada... el viento... que no han cerrado bien las ventanas. (Se dirige al foro y la cierra)

AGUS. Estoy como un niño. Todo me asusta.

RAM. Está usted muy nervioso

AGUS. ¡Oh!... estoy imposible. (Levantándose.) Vaya, me voy á acostar... ¿Quiere usted algo?

RAM. Nada... feliz viaje. (Estrechándole las manos.)

AGUS. Adiós, Ramiro y repito las gracias... Y que nos veamos pronto en Madrid.

RAM. Pienso ir muy pronto.

AGUS. Sí, ¿cuándo?

RAM. No sé... muy pronto.

AGUS. ¿Me avisará usted?

RAM. ¿Cómo no?

AGUS. Vaya, adiós.

RAM. Adiós, que usted descanse.

AGUS. ¿Usted no se acuesta?

RAM. En seguida. El tiempo que tarde en escribir unas cartas.

AGUS. Adiós, buenas noches.

RAM. Buenas noches. (Váse Agustín por segunda derecha.)

ESCENA III

RAMIRO se sienta de nuevo ante la mesa y toca un timbre. Entra LUIS; después, RICHARD

LUIS (Por primera derecha.) ¿Llamaba el señor?

RAM. ¿Se acostó Richard?

LUIS No, señor.

RAM. Dígale que venga. (Vase Luis. Pausa. Entra Richard.) Richard, el señor marqués se marcha á las seis de la mañana. Le llevará usted en el automóvil.

RICH. Bien, señor.

RAM. Sería conveniente que lo dejara usted preparado antes de acostarse.

RICH. Está preparado y limpio, señor. Lo limpié esta tarde. No habrá más que reponer el depósito y eso es cuestión de un momento.

RAM. De todos modos sería preferible que lo hiciera usted ahora.

RICH. Lo que el señor ordene.

RAM. Ahora. (Richard medio mutis.) ¿Quiere usted hacer el favor de apagar esa luz?

(Richard apaga la luz. La habitación queda en la sombra sin más claridad que la de la lámpara de la mesa.)

RICH. ¿Desea algo más el señor?

RAM. Nada. (Vase Richard. Ramiro se pone á escribir. Pausa.)

ESCENA IV

RAMIRO y AGUSTIN

AGUS. (Asomando por segunda derecha.) ¿Me llamaba usted?

RAM. (Levantando la cabeza.) No.

AGUS. Usted perdone... hubiera jurado...

RAM. Estaba hablando con el *chauffer*. Le decía que preparase ahora mismo el automóvil para que le tuviera usted mañana dispuesto....

AGUS. Ah, muchas gracias... ¿Pero no me había usted llamado?

RAM. No. ¿Para qué?

AGUS. Usted perdone. (*Vase. Ramiro vuelve á escribir. Pausa larga. Volviendo á salir.*) ¿Qué quería usted?

RAM. ¿Yo?... nada.

AGUS. ¿Tampoco me ha llamado usted ahora?

RAM. Tampoco.

AGUS. ¡Qué cosa más rara! Es verdaderamente extraordinario.

RAM. ¿Qué?

AGUS. Nada, que entro en la habitación, voy á quitarme la americana para desnudarme y oigo perfectamente, claramente dos golpes y mi nombre... Pum... pum... ¡Agustín! Creí que me llamaba usted.

RAM No.

AGUS Pero lo extraordinario no es eso. (*Avanzando hasta la mesa.*) Lo extraordinario es que vuelvo á entrar en la habitación, no hago más que acercarme á la cama y oigo de nuevo los golpes, esta vez más cerca. (*Dando con los nudillos dos golpes sobre la mesa.*) ¡Agustín!

RAM. ¡Sí que es raro!

AGUS. Alguna alucinación. Ya le he dicho á usted que estoy muy nervioso.

RAM. Bah... eso no es nada... Tranquilícese usted y acuéstese...

AGUS. No, no... si entrara en mi cuarto estoy seguro de que volvería á repetirse lo mismo y me volvería loco... Voy á estar aquí un rato si usted me lo permite... A ver si me distraigo...

RAM. Sí, hombre, con muchísimo gusto...

AGUS. Siga usted, siga usted con sus cosas... No se preocupe usted de mí... (*Sentándose en el sillón de gutapercha.*)

RAM. ¡Qué cosa más rara! Dice usted que... ¿no habrá sido el viento?

AGUS. El ruido, es posible... pero ¿y mi nombre?

RAM. (*Levantándose.*) ¿Usted está seguro de haber oído su nombre?

AGUS. Perfectamente, claramente... (*Levantándose y

avanzando hacia la mesa.) como le estoy oyendo á usted. Ha sido así... (Dando dos golpes fuertes con los nudillos sobre la mesa.) ¡Agustín!

(Suenan tras la puerta del foro dos golpes secos y se oye una voz ¡Agustín! Los dos hombres se extremecen.)

CAR. (Tras puerta foro) Abre, Agustín... soy yo. (Ramiro da luz y abre la puerta.)

ESCENA FINAL

DICHOS, CARMEN; luego RICHARD. Carmen destocada, con el pelo lleno de nieve, envuelta en una capa, desencajada, pálida, nerviosa.

AGUS. (Acercándose á ella.) Cómo... ¿tú?... ¿á estas horas?

RAM. ¿Qué es eso?... ¿Qué le pasa á usted?

CAR. Acabo de matar á mi marido.

AGUS. ¡Carmen!

RAM. Pero...

CAR. Tenía que ser... no podía suceder otra cosa..

AGUS. Pero, ¿qué ha pasado?

CAR. Ya te lo contaré. No me preguntes nada.

RAM. Pase usted, señora... descanse usted... tranquilícese usted.

CAR. No, no, no .. Vámonos, Agustín, vámonos... Sácame de aquí... (Abrazándose á él.)

AGUS. Cálmate... ten calma...

CAR. Agustín, ¡por Dios!... Vámonos... Llévame lejos, lejos, donde no me cojan, donde no sea más que tuya, tuya... ¡toda mi vida tuya!

AGUS. Ramiro, ¿decía usted que estaba preparado el automóvil? (Cogiendo el gabán y el sombrero que dejó sobre la silla y poniéndoselos.)

RAM. ¿Qué va usted á hacer?

AGUS. ¡Richard! (Gritando.)

RAM. ¿Está usted loco, Agustín?

AGUS. ¡Richard!

RICH. (Por primera derecha.) Señor...

AGUS. ¿Está preparado el automóvil?

RICH. Sí, señor.

AGUS. ¿Se atrevería usted á que saliéramos en él?

RICH. Sí, señor.

AGUS. Vamos, pues.

RICH. ¿A dónde, señor?

AGUS. A Sitburgo.

RICH. Está bien, señor. (Vase por foro dejando la puerta entornada.)

CAR. ¡Gracias, Agustín, gracias! (Estrechándole efusivamente las manos.)

RAM. (Interponiéndose delante de la puerta.) De ninguna manera. Eso es una locura. No saldrán ustedes...

AGUS. ¡Ramiro!

RAM. Perdone usted, Agustín, no sale usted. Acuérdese de lo que antes hablamos.

AGUS. Antes era antes y ahora es ahora.

RICH. (Por foro.) Cuando los señores quieran. (Vuelve á salir.)

AGUS. Ramiro, déjeme usted... se lo ruego... se lo suplico.

RAM. ¿Pero á dónde va usted á ir con esta mujer?

AGUS. ¡Y qué quiere usted que haga!

RAM. ¡Además, con esta noche!

AGUS. ¡Qué importa la noche! ¡La verdadera noche la llevamos nosotros! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: 1,50 pesetas